

## La carta

Para entrar en la habitación, su madre tuvo que hacer un esfuerzo extra. Por detrás de la puerta se amontonaba la ropa tirada que impedía el libre acceso al interior. Y no solo la ropa.

Pensó que, inmediatamente, estallaría la tormenta, y escucharía los consabidos reproches acerca de su falta de orden y limpieza. E imaginó además que, tras los gritos, ella le obligaría a ponerse manos a la obra, para adecentar todo aquello.

Se puso tenso.

Pero su madre no dijo nada al respecto.

Solo lo miró, indiferente, como si no pasara nada, y entró dentro, para acercarse a la cama en la que estaba tumbado, con los zapatos puestos sobre la colcha, leyendo un cómic.

Era muy extraño...

—Miguel.

—¿Sí?

—Toma.

Le tendió un sobre.

—¿Qué es?

—Tómalo.

8 La obedeció. Pero no pudo ver lo que contenía ya que no le dio tiempo a abrirlo. Su madre llevaba algo más.

Un papel y un bolígrafo.

—Fírmame aquí —le pidió.

—¿Para qué? —vaciló Miguel.

—Es un acuse de recibo.

—¿Un qué?

—Te he dado una carta, y quiero que quede constancia de que la has recibido para que luego no puedas decir que no sabías nada. Hay que hacer las cosas bien.

Su madre no solía jugar. No tenía tiempo de jugar. Pero aquello parecía un juego. Se sentó en la cama y miró el papel. Leyó: «Acuse de recibo».

